

en las solemnidades funerarias y conserva fieles aún después del triunfo del Cristianismo. Cuenta Gregorio de Tours que Galo, obispo de Clermont (526-553), habiendo con ocasión de una peste ordenado una procesión, encontró las casas señaladas con la letra *tau* (T). No era este signo otra cosa que el mazo de que la letra en cuestión reproduce la forma. Llamaronle por esta razón el *Tau* gálico.

El dios romano con que Taranis tiene más afinida-



El dios Tarán

des es Júpiter. Identificados uno y otro en las inscripciones, lo son igualmente en las representaciones y monumentos. Es, en efecto, Taranis á quien se reconoce en ese personaje divino, vestido á estilo galo, pero que recuerda por sus atributos al amo de los dioses y cuyo cetro no es otra cosa que el mazo transformado por la prolongación del mango.

El Júpiter «de la rueda» hace pareja con el que lleva el mazo. Júpiter entre los romanos no es sólo el dios que hace estallar el rayo, sino también el que alumbrá y conduce el astro del día. Era natural que prestase sus rasgos al dios galo del sol. El flamígero disco, emblema de este último, fué representado por una rueda. No era, pues, este objeto sino un símbolo, una figura poética. Para las imaginaciones primitivas fué la representación exacta del fenómeno celeste. Tenía el culto del sol fechas señaladas en los solsticios. El solsticio de verano era el más solemnizado á

juzgar por la persistente costumbre de los fuegos de San Juan. En esas fiestas populares, tanto que han durado hasta nuestros días, es preciso observar el papel atribuido á la rueda. Algunas veces se agitan ramas y antorchas por un movimiento circular, y muchas también un cilindro de paja encendido, que se precipita, acompañando el acto con grandes gritos, desde lo alto de la montaña, para arrojarlo en el río como una imagen del sol que no puede menos de descender cuando ha llegado al apogeo de su curso.

El *Dispater* de César no podía menos de estar representado en Plutón. Lo estuvo bajo las especies de Serapis, el Plutón egipcio, popularizado por el arte alejandrino, cuya influencia fué tan profunda sobre el arte galo-romano. Pero solo, ó poco menos, entre los dioses sus compatriotas, revistió una forma original independiente de los modelos clásicos, y especial, por otra parte, de esos países del Norte y del Oeste que se mantuvieron bajo la dominación romana más galos en su esencia. Hallamos su nombre sobre uno de los monumentos que lo representan.

Se llama *Cernunnos*, el *Cornu*, como alusión á los cuernos y astas de ciervo que le brotan de la frente. Está sentado cruzadas las piernas, en una actitud que se ha comparado á la de las divinidades búdicas. Le acompañan animales: el buey, el ciervo, la serpiente con ó sin cabeza de carnero, la rata. Sujeta con las manos un odre de que brotan en abundancia pequeños objetos de naturaleza desconocida. Rodea su cuello un collar ó *torques*. No tiene este simbolismo en la mayoría de sus elementos nada de misterioso. La lengua que habla es de uso universal. Los cuernos, imitados de la luna, son el emblema de la noche. Igualmente los animales que están de ellos provistos. En cuanto á los que viven bajo tierra ó se arrastran por su superficie, representan las potencias infernales. El dios, empero, de la muerte es también el dios de las riquezas enterradas bajo el suelo. De aquí el *torques* emblema del lujo, de aquí el odre que esparce sus tesoros. *Cernunnos* se nos aparece, pues, como una de las imágenes mejor caracterizadas del *Dispater* galo. Conocemos un *Júpiter Cernunnos*, patrón de un Colegio funerario, de la época romana.

La gran divinidad de los galos, según César, era Mercurio. Era antes de la conquista, y ha seguido siéndolo después, tan querido de su pueblo bajo su apariencia romana como del tiempo en que conservaba intacta su fisonomía céltica. Inscripciones votivas, ofrendas y estatuas de todo tamaño y todo valor, desde el barro hasta la plata maciza; le colmaron nuestros padres de toda clase de dones. Levantaronle templos en todos los puntos de su territorio, muchas veces sobre altos parajes, por los que tenía particular afición, sobre las cimas de los Vosgos, del Morván, de la Auvernia. Está inscrito su recuerdo sobre nuestro mapa del Este al Oeste y del Norte al Mediodía, en los nombres de *Mercrey*, *Mercoeur*, *Merqueuil*, *Mirecourt*, etc. La colina de Montmartre, de París, ha sido el monte de Mercurio. En el centro de la Francia es, sin embargo, donde estuvo ese culto más floreciente y donde más huellas dejó. Ahí en la cumbre del Puy-de-Dôme se elevó bajo Augusto el más famoso entre los santuarios del dios, el templo del Mercurio Arverne,

célebre en toda la Galia por sus proporciones, su riqueza y la afluencia de sus fieles.

No vió César en Mercurio más que el patrón del comercio y de las artes útiles. Pero el dios favorito de los galos respondía á una concepción más vasta. El Mercurio galo-romano no es ordinariamente sino una imitación del tipo clásico. Su verdadera fisonomía aparece en los monumentos en que lo vemos en competencia con *Cernunnos*. Ya golpea al dios mismo, ya en

iconografía gálica, se observa claramente en la mitología irlandesa por la lucha entre *Lug* y *Balar*, dios de la muerte, hijo de *Buar-Ainech*, el dios con cara de vaca, con sus compañeros de cabeza de cabra. *Buar-Ainech* tiene, además de *Balar*, dos hijos que obran de acuerdo con el mayor y pueden ser considerados con él como tres encarnaciones nuevas de su padre. Esto explicará la forma tricéfala, que es ordinariamente la del *Buar-Ainech* gálico, *Cernunnos*. No está, por lo



El dios Cernunnos. (Museo de Cluny.)

su lugar á la serpiente con cabeza de carnero. Vencedor, le arrebató sus atributos. Animales reptiles y cornudos, subterráneos y nocturnos, todo el cortejo de animales malignos, domados desde entonces, forma su cortejo y adorna su triunfo. Bajo sus dedos mágicos las armas mismas del mal espíritu se transforman en fuentes de ventura. El cuerno arrancado en el combate se convierte en cuerno de abundancia como el de Aquelao entre las manos de Hércules. Al lado de estos atributos, por derecho de conquista, los hay que le pertenecen y que expresan su propia naturaleza, la maza, instrumento de sus hazañas, el gallo cuyo canto anuncia la vuelta de la aurora, los pájaros que se ciernen en el cielo. El Mercurio que aquí se revela no es sólo el dios mercantil de los romanos. Es el hermano del Hermes griego, el campeón del día que dispersa el ejército de estrellas. Es una de esas innumerables figuras, caras á toda mitología, en que se resume el gran drama del mundo físico y moral, la victoria siempre disputada y ganada siempre de la luz sobre las tinieblas y del bien sobre el mal.

Se ha creído reconocer el nombre del Mercurio galo en el del dios irlandés *Lug*. Por desgracia el nombre de *Lug*, muy frecuente en la toponimia céltica, no está asociado en ninguna inscripción al de Mercurio. La hipótesis no es, por lo demás, menos verosímil: tan chocantes son las semejanzas entre los dos mitos. *Lug*, para la Irlanda cristiana, no es sino un héroe, á la vez guerrero y pacífico, que por la guerra asegura la paz. Sin embargo, la leyenda humana es un reflejo de la leyenda divina. El dualismo que se deja entrever en la

demás, esta forma exclusivamente reservada á ese dios. Gustaban los galos del número tres, al que parece que muchos pueblos atribuyeron un sentido místico.

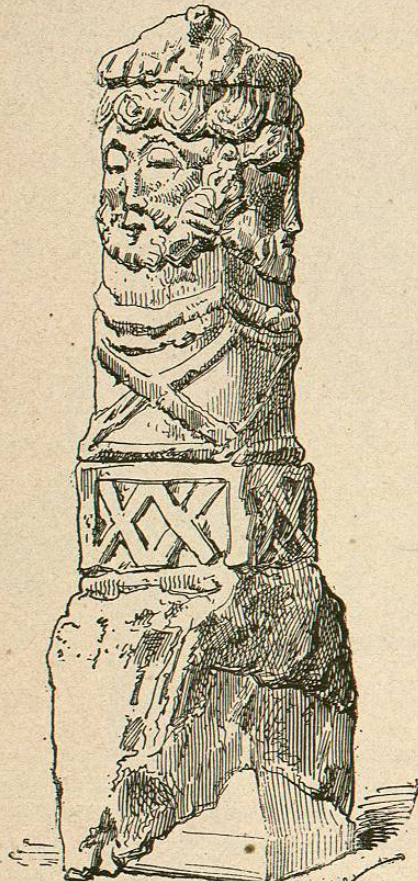
Como otros dioses galos, *Borvo*, por ejemplo, Mercurio tenía una compañera, una *parèdre*, *Rosmerta*. La raíz *Smer*, que entra en la composición de este nombre, se halla en ciertos calificativos dados al mismo Mercurio, *Adusmerius*, *Atesmerius*. Se la descifra en un bajo relieve en que está Mercurio representado pegando á la serpiente con su maza. Formaba probablemente uno de los nombres bajo los cuales era adorado. Otro de esos nombres era *Ogmios*. El escritor griego Luciano nos ha dejado un pequeño tratado sobre este dios, que él identifica con Hércules, cuando todo lo que dice tiende á hacerlo pasar por un equivalente de Mercurio. *Ogmios* se convierte en *Ogme* en el ciclo irlandés. Realiza allí las mismas hazañas que *Lug*, combate á los mismos enemigos y después de la victoria justifica su advenimiento con las mismas buenas obras. Es en Irlanda el inventor de la escritura *ogámica*.

III.—La religión (continuación). El sacerdocio druídico (1)

Lo más original de la religión de los galos son los druidas. Todos los pueblos de la antigüedad han tenido sacerdotes. Muy pocos han tenido, como los galos, un clero.

(1) FUENTES.—César, *Guerra de las Galias*, VI, 13-21. Estrabón, 4, 4-5. Diodoro, V, 28-31. Pomponio Mela, III, 2. Lucano,

Nos da César de los druidas, de su organización y de su poderío una alta idea. Les dedicó largo trecho en las célebres páginas en que describe las instituciones y las costumbres de la Galia. Pero, por una sorprendente contradicción, no les atribuye papel alguno en la guerra de la independencia. Ni su nombre vuelve á repetirse en el resto de sus relatos. ¿Es esto



Tricéfalo de Reims

intencional? ¿Y al tiempo que anticipa la conversión de los dioses pretende ocultar la hostilidad de sus sacerdotes? Siéntese uno tentado á suponerlo cuando se los ve más de cien años después predicando la rebelión contra Roma. De otro modo, será preciso admitir que el cuadro trazado en el sexto libro de los *Comentarios* no tenía en esa época sino un interés retrospec-

Farsalia, I, verso 447 y siguientes. Plinio, *Historia Natural*, XVI, 95; XXIX, 12; XXX, 4. Amieno Marcelino, XV, 9. Plutarco, colección Didot, V, páginas 20-21. Procopio, *De Bello Gothico*, IV, 20.

OBRAS DE CONSULTA.—Roger de Belloguet, *Ethnogenie gauloise*, III, 1868. Gaidoz, obra citada, párrafo 2. *La religion gauloise et le gui de chêne*, «Revue de l'histoire des religions», 1880. Fustel de Coulanges, *Comment le druidisme a disparu*, en las *Nouvelles recherches sur quelques problèmes d'histoire*, 1891. D'Arbois de Jubainville, obra citada, párrafo 2. *Etudes sur le droit celtique*, I, 1895. *Les sacrifices humains chez les Gaulois et dans l'antiquité classique*. «Nouvelle Revue historique de droit français et étranger», 1898. Bertrand, *La religion des Gaulois*, 1897. S. Reinach, *L'art plastique en Gaule et le druidisme*, «Revue celtique», 1883. Beauvais, *L'Elysée transatlantique et l'Eden occidental*, «Revue de l'histoire des religions», 1883. Paul, *Das Druidenthum*, «Jahrbücher für klassische Philologie», 1892. Rice Holmes, *Caesar's conquest of Gaul*, 1899, páginas 532 y siguientes.

tivo; en otros términos, que habían perdido los druidas mucho antes de la conquista, su prestigio y su fuerza. Puede escogerse entre estas dos hipótesis. Solución cierta no la hay para este enigma.

Existía sobre el druidismo una versión corriente entre los galos. Lo tenían por una importación extranjera venida de la Bretaña. Así iban al otro lado de la Mancha para estudiar la doctrina en su fuente. No se ve motivo para desechar esta tradición. Fué la Bretaña el asilo de los druidas cuando desaparecieron del continente. Subsistieron en Irlanda y en Escocia hasta principio de la Edad media.

La extensión del druidismo no concuerda, en tanto cabe juzgarla, con la de los celtas. Limitase el dominio que comprende á la Bretaña y á la Galia del Centro y del Norte. No lo hallaron, pues, bretones y galos en la cuna común de su raza. Lo crearon por sí mismos ó lo tomaron á los pueblos de que resultaron herederos.

No formaban los druidas una casta. Su dignidad no se transmitía por herencia. Formaban una corporación sólidamente constituida. Tenían un jefe que elegían y que mandaba en jefe á toda la cofradía (1). Celebraban asambleas regulares en el bosque de los Carnutos, al centro de la Galia, nos dice César, al centro de la Galia druidica, para hablar con exactitud. Tenían noticias, preparados por un largo aprendizaje á penetrarse de su espíritu y obedecer su voluntad. Gozaban de privilegios que consistían en la exención del servicio militar y del impuesto.

César coloca en el mismo lugar los druidas y los nobles ó caballeros. Atribuye á estas dos clases el monopolio de los honores y del poder. El solo druida que conocemos es el eduo Diviciaco, frecuentemente mencionado en los *Comentarios*, pero no por razón de este título, y citado como tal en un pasaje de Cicerón. Para César no es Diviciaco sino un noble como los otros y como la mayor parte de ellos, sobre todo entre los eduos, enteramente entregado á la causa romana.

No inventaron los druidas la religión de los galos, pero la dieron un ritual y una teología.

No construyeron templos, ni tallaron ídolos de faz humana. Sus lugares de reunión eran recintos descubiertos, situados en la cima de las montañas ó en los claros de los bosques. Cuando el general romano Suetonio Paulino batió á los druidas bretones (61 después de J. C.), prendió fuego á los bosques en que celebraban sus ceremonias. Se impone aquí, como antes, la comparación con las más antiguas religiones de Europa. No conocían ni las representaciones antropomórficas, ni los edificios consagrados al culto. El Zeus pelásgico reinaba sobre las alturas sin templo ni imagen, como el Mercurio galo.

La intervención de los druidas en el culto era soberana y continua. Ningún acto sagrado de la familia ni de la ciudad podía pasar sin su concurso. No les faltaba tampoco el arma formidable de la excomuniación. Existía la incomunicación en Roma y en Grecia. Era la con-

(1) No dice César que los aspirantes á tan alta función se la disputaban á veces por las armas. ¿Constituía esto una especie de juicio de Dios, ó la subsistencia de algún rito sangriento, como los que se hallan en las religiones primitivas, ó simplemente un acto de guerra civil como los que surgían frecuentemente en esta sociedad anárquica? No se ve claramente.

secuencia del destierro ó, por mejor decir, el destierro mismo. La diferencia estaba en que lo decretaba el Estado. Aquí es un poder espiritual quien lo acuerda, y es de observar que lo mismo puede herir á un pueblo que á un individuo.

Este ascendiente moral hizo á los druidas jueces. Para considerarlos desde este punto de vista es preciso merodear con ellos en los dominios del derecho público y privado.

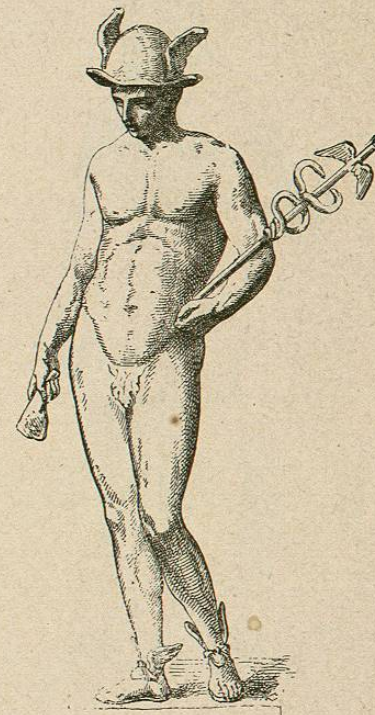
Partían los galos en materia judicial del mismo principio que los demás pueblos. Castigaba el Estado los atentados contra su propia seguridad, pero no tenía por tales sino aquellos en que era lesionado directamente. El robo, el homicidio mismo no daban lugar á persecución alguna. Eran asuntos que se arreglaban entre las partes, salvo que en el caso de homicidio se imponía la venganza como un deber á los parientes de la víctima. Los desórdenes por tal estado de cosas producidos acabaron por interesar á los gobiernos, pero no les hicieron salir sino á medias de su inercia. Ofrecieron su arbitraje, pero no lo impusieron. No perseguían al matador; le juzgaban á instancia de parte, autorizada para la persecución. Los procesos por muerte acababan generalmente por una compensación pecuniaria. Sólo el que no podía pagarla era castigado con el destierro ó la muerte.

El papel asumido en otras partes por el Estado fué reivindicado en la Galia por el clero. Acordábanse los galos de los tiempos en que la intervención de los sacerdotes había puesto fin al horror de las guerras civiles. Relataron á Posidonio, con abundancia de detalles dramáticos, cómo se lanzaban los druidas entre los combatientes y por medio de conjuros hacían caer las armas de todas las manos. Su tribunal, que funcionaba una vez por año en el país de los cornutos, atraía gran afluencia de gentes. Juzgaba los procesos en materia de herencias, de propiedad, de homicidio. Fijaba la cuantía de las indemnizaciones. Los mismos pueblos, cuando tenían alguna cuestión con motivo de sus fronteras, le sometían sus diferencias.

Conviene en esto no equivocarse. Esta jurisdicción en el dominio de las relaciones internacionales presta pocos servicios. La historia de la Galia, llena de ecos del estruendo de las guerras intestinas, está ahí para probarlo. Como nada tenía de obligatoria, parece que los Estados la invocaban raras veces para las dificultades menos graves y á condición de que no entraran seriamente en juego ni sus pasiones ni sus intereses. Fué más eficaz para los particulares, aunque no se imponía en lo que les era concerniente. No tenía, por otra parte, para asegurar la ejecución de la sentencia otro medio represivo que la excomuniación. Es verdad que este medio era poderoso. El interdicto pronunciado en la Edad media por la Iglesia no era más riguroso. No era además el tribunal druidico accesible sino á los nobles. Los clientes, los plebeyos, eran juzgados por sus patronos.

Representaban los druidas toda la ciencia de su tiempo. Les estaba confiada la educación de la juventud. Esta ciencia, tan encomiada por los antiguos y los modernos, era en realidad muy humilde. Desarmar las potencias invisibles, encadenarlas ó seducirlas, esta era toda su aspiración. Desarmábase á esas potencias por medio de palabras mágicas y encantamientos. Mezcla-

ban á estas quimeras los druidas algunos conocimientos exactos, recibidos de fuera ó revelados por una observación algo mejor dirigida que la del vulgo. Tenían nociones de astronomía y de ellas se servían para determinar el calendario y para predecir el porvenir. Su astronomía formaba una rama del arte de los augurios, que estaba entre ellos muy desarrollado y era muy complicado. Alardeaban de conocer la medicina, medicina casera ó de hechicero. Puede juzgarse esa

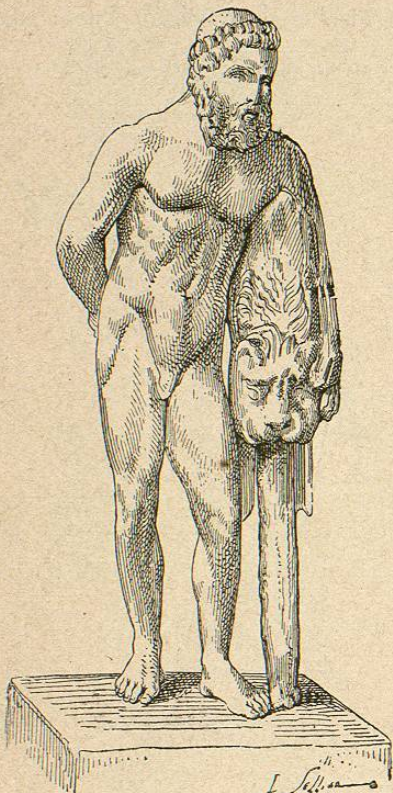


Mercurio, figurilla de bronce encontrada en Arles. (Colección del Gabinete de Francia.)

medicina por las recetas consignadas por Plinio ó reproducidas en el siglo IV antes de J. C. en el tratado del aquitano Marcelo.

Práctica menos inofensiva que la de la recolección del muérdago era la de los sacrificios humanos, legado de la barbarie primitiva, de que las naciones más civilizadas no estaban del todo curadas y que se conservó como uno de los artículos esenciales del culto druidico. Un progreso fué que los dioses se contentaran un día con la vida de los criminales, ó en su defecto, con la de los prisioneros de guerra. Varios eran los sistemas de suplicio. El más usado era el suplicio del fuego, el holocausto, consagrado especialmente al dios del sol y consumado en las proximidades del solsticio de verano. ¿Quién lo creería? Este sacrificio se consideró un honor hasta nuestra época, bien que en esta, por un método de sustitución muy conocido, ocuparon los animales el lugar de los humanos. El uso en muchas comarcas era lanzar á la hoguera de San Juan cestas conteniendo gatos, perros, zorros y lobos. La presencia de los magistrados daba á esta ceremonia un carácter casi oficial. Fué suprimida en París bajo Luis XIV, pero subsistió por mucho tiempo aún en otras partes. El gigante de mimbre que se quemaba en la capital, calle de Ours, el 3 de julio, recuerda los mismos ritos. Evocaba el cuévano colosal en que se quemaban las infortunadas víctimas del Moloc gálico.

¿Tenían los druidas, como se ha pretendido alguna vez, una doctrina secreta? Nos dice César que hacían aprender de memoria en sus seminarios gran número de versos, y añade que prohibían escribirlos para evitar que se los divulgara; pero no dice que contuvieran esas estrofas otra cosa que esas fórmulas sacramentales de que todos los sacerdotes pretendían reservarse la pose-



Hércules, estatua de bronce encontrada cerca de Valenciennes. (Museo arqueológico de Reims.)

sión. Tenían los druidas una doctrina, esto es cierto. Lejos de hacer de ella un misterio, vemos que procuraban propagarla.

El rasgo que los historiadores hacen notar más frecuentemente entre los galos es el de su fe profunda en la supervivencia del hombre después de la muerte. Atribuyen á esta creencia y al imperio que ejercería en sus almas la brillante energía que era á sus ojos la cualidad distintiva de nuestros padres. Sin duda estaba la idea de la inmortalidad universalmente extendida en la antigüedad; pero había sido impuesta en la Galia por la predicación de los druidas, y esto explica la fuerza singular que adquirió en este pueblo.

De todas las opiniones relativas á la vida futura, la más sencilla y la más antigua es la que deja esta vida encerrada en la tumba. Los ritos funerarios de los galos expresan claramente este pensamiento heredado de los tiempos prehistóricos. Inhumaban con el difunto los objetos que le habían sido útiles y preciosos en su primera existencia y que podían en la segunda prestarle iguales servicios. Descendían los guerreros á la tumba sentados sobre su carro, revestidos de sus armas, de sus insignias, de sus alhajas, de sus trajes de parada ó de combate. Así se los ha encontrado en los cementerios de la Borgoña ó de la Champaña, yacente el esqueleto entre los frenos de los caballos, las cajas

de las ruedas y los segmentos de hierro que guarnecían las ruedas de madera. Un compartimiento superior estaba reservado al escudero. Velaba muerto cerca de su amo como lo había hecho durante la vida.

Una nueva concepción se sobrepone con el tiempo á ésta, aunque sin hacerla olvidar. Pretendían los druidas, afirma César, que no perece el alma, sino que pasa, después de muerto uno, de un cuerpo á otro. La metempsicosis de los galos era, á pesar de cuanto diga el historiador Diodoro, muy distinta de la metempsicosis pitagórica, en que el paso de las almas á cuerpos de naturaleza inferior sólo se imponía á los malvados en expiación de sus faltas, mientras que los buenos se cernían como espíritus puros, libres de los lazos de la materia. La doctrina griega no encierra ni esta idea moral ni estos refinamientos espiritualistas. La resurrección carnal es en ella el destino de todos; no implica ni exaltación ni decadencia, ni recompensa ni castigo; no suprime nada, prolonga la personalidad humana, no en los mismos lugares, sino en otras partes, lejos, en las comarcas misteriosas vagamente presentidas tras dormidos mares. Por eso buscaba Eulises en los confines de la tierra la pradera sembrada de gamones en que los héroes vagaban. Por eso señalaba Píndaro en el seno del Océano las afortunadas tierras, residencia de los bienaventurados.

La visión de ese Elíseo transatlántico no ha cesado de inspirar á las razas neocélticas. Ha proporcionado á su literatura uno de sus temas favoritos. En la misma Galia ha inspirado una de esas leyendas en que se combinan de modo raro lo fantástico y lo real. Para los habitantes de la Armórica, el país de los muertos se había aproximado y confundido con la punta occidental de la Bretaña. Hacíase la travesía de noche y al amparo de una multitud de marinos dedicada á esta fúnebre tarea. Levantábanse advertidos por un ligero murmullo y encontraban en la playa barcas, en apariencia vacías, y que, sin embargo, cedían bajo el peso de invisibles pasajeros. Una fuerza sobrenatural ayudaba la fuerza de sus remos. En menos de una hora se franqueaba la distancia. Dejábase luego oír una voz proclamando los nombres de los recién llegados, y los marineros notaban, por lo aligerado de sus barcas, que su misión estaba cumplida.

Explicaban los druidas el origen del hombre tan bien como su fin. Consideraban al dios de la muerte (*Dispater*) como al padre de todos los galos. Es esta idea común á todas las mitologías. Revela la impresión producida por el vaivén de las cosas, por la eterna alternativa que es ley de la naturaleza. ¿No va el día surgiendo del fondo de la noche? La pródiga tierra ¿no es el universal sepulcro? El trabajo que acaba con la disolución de los seres ¿no es el mismo que prepara su renovación? ¿No es, pues, la muerte, por consecuencia, manantial y término á un tiempo de la vida?

Tomó el mito otra forma y entró en una nueva fase cuando el Plutón galo, cesando de reinar sobre las tumbas, emigró con sus habitantes al otro lado del Océano. Distingúan los druidas en la población gálica las siguientes categorías: una indígena, otra venida de las lejanas islas, la tercera de las márgenes del Rhin. Existe aún aquí una curiosa mezcla de la ficción y la verdad. El tercer grupo representa un hecho

histórico: la invasión de la Galia por los celtas. Los dos primeros corresponden á las dos opiniones que se sucedieron respecto á la vida futura y de las que cada una dió origen á una teoría etnográfica. La tierra, primera residencia de los muertos, hizo surgir de su seno los primeros habitantes del país, la parte *autóctona* de la raza. El Elíseo de las islas oceánicas envía luego sus huéspedes al mundo de los vivos. Se hallan las mismas ideas en las leyendas irlandesas. Para los irlandeses como para los galos, los muertos iban á buscar más allá de los mares la antigua cuna de su nación, y de ahí es de donde procede Partholon, cuya dominación sucedió á la de los jefes indígenas.

César sólo menciona á los druidas. Otros historiadores mejor informados ó menos precipitados, Diodoro, Estrabón, Amieno Marcelino, citan, además, los *eubages* ó adivinos y los poetas ó *bardos*. No aparece clara la distinción entre los druidas y los eubages. Unos y otros presidían los sacrificios, interrogaban el porvenir, arrancaban los secretos de la naturaleza. Es probable que en todo esto fuesen los eubages como druidas inferiores. La función de los bardos está, por lo contrario, claramente determinada. Lo que no se ve bien es su lugar en la jerarquía sacerdotal. Puede que no formasen ni parte de ella. Ha sobrevivido su nombre en el de los *barz* ó músicos ambulantes bretones. Eran los *aides*, los romanceros de esa sociedad, los intérpretes con título de la tradición nacional y religiosa. Contaban las aventuras de los dioses y de los hombres, las glorias del pasado y del presente, las hazañas de los héroes y la vergüenza de los cobardes, acompañándose con una especie de arpa ó de lira que no era sin duda otra que la *crotta* de los textos neocélticos. Sus cantos eran el complemento obligado, el lujo y la alegría de los festines ofrecidos por los jefes. Sentábanse á su lado, figuraban en su cortejo y aceptaban y solicitaban sus generosidades. Posidonio nos ha mostrado la actitud humilde del poeta ordinario de Luern, rey de los arvernios. No parece, sin embargo, que haya de juzgarse de la condición de los bardos sólo por esta anécdota. Asegúranos Estrabón que estaban considerados lo mismo que los eubages y los druidas, y si ha de creerse á Diodoro, contribuyeron á la obra de pacificación realizada por los últimos.

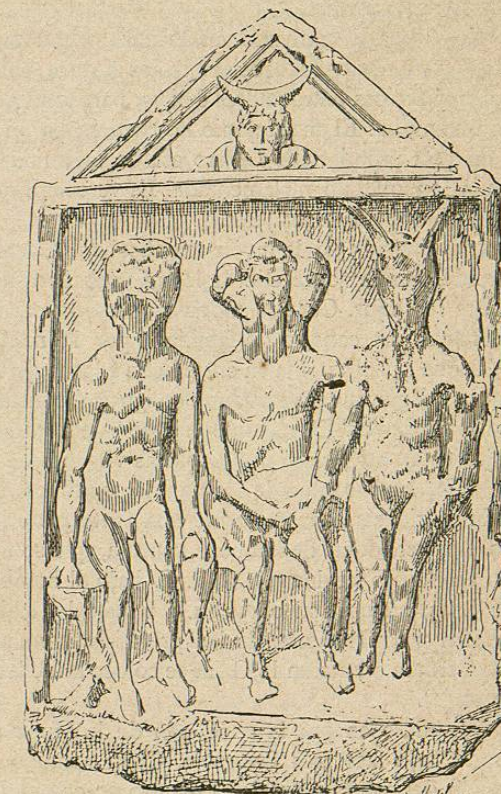
No cesaron los bardos de gozar de gran estima en todas aquellas partes de que no desaparecieron al impulso de la cultura latina. Gozaban de privilegios importantes en el país de Gales. En Irlanda pasó el magisterio de su arte á manos de los *filé*. Herederos de los druidas como jueces y de los bardos como poetas, los *filé* conservaron el tesoro de la literatura pagana. Por ellos se ha transmitido hasta nosotros. Estaban divididos en muchas clases, según la riqueza de su repertorio. Los de la primera estaban á la par con los jefes de la nobleza. Tenían derecho á una brillante escolta y ocupaban un puesto de honor en la mesa del banquete, en el recinto de los castillos ó *dunns* reales.

IV.—Las instituciones sociales y políticas (1)

Trazaron los romanos un retrato de los galos nada lisonjero, pero en el que haríamos mal dejando de re-

(1) FUENTES.—Catón, *Orígenes en Peter, Veterum historico-*
TOMO I

conocer algunos rasgos que caracterizan nuestro temperamento nacional. Una bravura rayana en la temeridad, una inteligencia abierta, el carácter sociable, comunicativo, palabra abundante y elocuente, esto en cuanto á las buenas cualidades. Al lado de ellas un furor ciego, una jactancia insoportable, poca perseverancia, poca firmeza en las empresas, poca constancia en la reflexión, movilidad extrema, carencia absoluta de sentimientos de orden y disciplina. Lo cierto es que cuando entró la Galia en relaciones con Roma, estaba traba-



Altar de Beaune

jada por males interiores que la condenaban á convertirse en presa del extranjero.

La mayor parte de los pueblos anteriormente citados formaban otros tantos Estados distintos, que los romanos llamaron ciudades. Examinemos ahora el estado de su derecho privado y su derecho público.

Aunque el dominio público era muy extenso, conocían los galos la propiedad privada. ¿Propiedad familiar

rum romanorum reliquiae, I, página 61. César, *Guerra de las Galias*. Estrabón, IV, 4. Diodoro, V, 25-32. Amieno Marcelino, XV, 12.

OBRA DE CONSULTA.—Bulliot, *La cité gauloise*, 1879. Glas-son, *Histoire du droit et des institutions de la France*, I, 1887. Fustel de Coulanges, *La Gaule romaine*, 1891. (Véase el principio de la segunda parte.) *De la communauté des terres chez les Gaulois* en las *Questions historiques*, 1893. Lécrivain, *La propriété foncière chez les Gaulois*, «Annales de la Faculté des lettres de Bordeaux.» 1888. D'Arbois de Jubainville, *Recherches sur l'origine de la propriété foncière et des noms de lieux habités en France*, 1890. *Études sur le droit celtique*, I, 1895. *Le droit des femmes chez les Celtes*, «Nouvelle Revue historique de droit français et étranger.» 1891. Collinet, *Droit celtique et droit romain*, *Revue celtique*, 1896. Meitzen, *Siedlung und Agrarwesen der Westgermanen und Ostgermanen*, etc., I, páginas 174 y siguientes. Rice Holmes, *Caesar's conquest of Gaul*, 1899.